

LA OBEDIENCIA EVANGÉLICA, FIESTA DE LA LIBERTAD

Reflexiones desde la perspectiva de la vida religiosa femenina

Este ensayo pretende ofrecer algunas coordenadas dentro de las cuales las religiosas van comprendiendo más profundamente su vida y en particular el voto de obediencia y la autoridad como servicio. Se trata de una dinámica entre la utopía y la realidad, puesta en marcha por el potencial de libertad que despierta la llamada del Señor y alentada por las consignas del Vaticano II. Pues fue justamente el Concilio el que invitó a todos, en especial a las personas llamadas a un servicio específico a la Comunidad, a entablar diálogo con las instancias más avanzadas de la modernidad.

La festa della libertà, Credere Oggi 18 (1998) 43-60.

"¡Tú, en vez de adueñarte de la libertad de los seres humanos -grita el Gran Inquisidor a Cristo- la has acrecentado todavía más!". Esta frase de Dostoievski en "Los hermanos Karamazov" nos introduce en el empeño -siempre entre el "ya" y el "todavía no"- de profundizar en la comprensión del consejo evangélico de la obediencia con la intención de poner de relieve su espesor humanístico y su capacidad de respuesta a las aspiraciones de nuestro tiempo.

Cristo nos ha liberado, a nosotras, las mujeres, para ser libres (Ga 5,1)

Muy responsablemente transgresivas

Según Lucas, con Jesús, predicador itinerante del Reino, se encuentran los Doce y algunas mujeres que le asisten (8, 1-3). En el seguimiento de Jesús, las mujeres han adquirido libertad, se han convertido en responsablemente transgresoras y capaces de decidir sobre sí mismas y su futuro, más allá de los códigos que deberían haber regulado su condición de subalternas al poder masculino.

El seguimiento de Jesús es posible en cada generación gracias a la misión del Espíritu y a la economía sacramental. Este seguimiento ha ido asumiendo formas variadas en el mundo femenino. El seguimiento en pobreza, castidad y obediencia emerge como una particular participación en el destino de Jesús. La obediencia se entiende como el trayecto que va del Primero al Nuevo Adán.

Libertad y misericordia

¿Cuál es el significado de la obediencia evangélica? Su hermenéutica está condicionada históricamente. Se han dado estereotipos, especialmente en el mundo femenino, que legitimaban los prejuicios sobre la debilidad de las mujeres y la necesidad de someterlas a disciplina. No pasaba lo mismo en el mundo masculino. Cuando la cultura acentúa su misoginia, se insiste en la condición dependiente de las mujeres. Hay que volver, pues, a la obediencia de Jesús, principio normativo del discipulado.

Jesús anuncia que el mandamiento del Padre alimenta la libertad. Durante su existencia terrena, proclama que su "alimento es cumplir la voluntad del Padre" (Jn 4, 34):

Con su entrada en el mundo, según Hebreos, expresa esta disponibilidad (10, 5-7). Jesús es el "sí" a las promesas divinas (2Co 1, 20; Ap 3, 14). Cuando sus padres le encuentran en el templo les dice: "¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49). Con esta conciencia filial, "bajó con ellos, y volvió a Nazaret y les estaba sujeto. Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón" (2, 51). La obediencia del Hijo de Dios es un misterio que se desvela tomando parte en su destino, en una continua meditación.

Los Evangelios dejan intuir la lucidez con la que Jesús se propone una meta. No pide consejo a nadie. Su única fuente de decisión es la oración. Profundiza en el misterio del Reino en comunión con su Padre, preparándose así a su *hora*.

Su libertad no es arbitrariedad. Para él la obediencia no consiste en la ejecución de una serie de preceptos, sino en la participación en la libertad creadora de Dios, allí donde su libertad de Hijo del hombre se dilata hasta el infinito, en solidaridad y responsabilidad, hasta el don de sí mismo para la regeneración del universo. En la cruz ésta se revela plenamente (véase Jn 8,28-30). Y en la última cena puede decir: "he llevado a cabo la obra que me encomendaste realizar" (Jn 17,4). En Getsemaní (leva a cumplimiento su camino de obediencia. Allí su comunión con el Padre "no se considera simplemente como un amor recíproco (...). En Belén Jesús nace (...) pasivamente según el orden de la ley natural. En el gemido de Getsemaní tiene lugar un nacimiento activo en el que se unen las dos voluntades (...): la divina del Padre y la humana del Cristo (...). Las súplicas de la agonía de Getsemaní son como *el bautismo de la humanidad de Cristo*" (P. Luzi).

En su actividad terrena, especialmente en la cruz, Jesús revela el sentido de la voluntad de Dios como revelación de su misterio de amor. El mandamiento del Padre a Jesús, y a toda criatura humana, es revelar al Señor de misericordia infinita, en toda situación, incluso en la más oprobiosa como es la muerte de cruz. Es dar testimonio de amor, única respuesta del Dios de la vida al odio. La cruz es la revelación del rostro de Dios, dirigido amorosamente hacia sus hijos pecadores.

Al grito de Getsemaní hace eco el del Gólgota: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Jesús mira con amor infinito a los que le crucifican y buscan en esta situación un motivo de perdón, abriendo a sus enemigos una vía de salvación. Como Hijo de Dios revela hasta dónde Dios está a nuestro favor ya favor de la creación; como Hijo del hombre, muestra hasta dónde la criatura humana es imagen de Él. He aquí el sentido de lo que dice Pablo: "Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Flp 2, 7).

El Padre no ha querido la muerte de su Hijo, orquestada por sus enemigos. El ha enviado al Hijo al mundo para manifestar su misericordia sin límites. Jesús ha "practicado" esta obediencia ejerciendo su "señorío" en el servicio, situándose entre los últimos, engendrando y alimentando la vida con el don de su propia vida en la cruz, en una maternidad y paternidad singulares. Siempre ha manifestado, incluso ante sus asesinos, el infinito amor de Dios.

El itinerario en el amor

Como Nuevo Adán, Jesús inaugura para la humanidad el camino que corrige el del Primer Adán (véase Rm 5, 19; I Co 15, 22). Con su obediencia, nos trae la salvación universal y muestra que el único camino de realización humana es la voluntad divina.

Dios es Amor. La criatura humana se realiza caminando en el amor, ya que el *ethos* del amor inscribe en ella la imagen divina. A la libertad enferma y orgullosa, Jesús opone el mandamiento del amor que resume su vida y la de los suyos (Mt 5,44s; Lc 6,27.35s). El Espíritu filial derramado en nuestros corazones clama "Abbá" y nos guía por el camino del amor sin límites (Rm 5, 5; 8; Gal 4, 6). La obediencia a Dios implica compartir su amor, acogiendo a los hermanos (Lc 15, 2832), superando el espíritu de contradicción del viejo Adán y revistiéndose del hombre nuevo según la espiritualidad del manso y humilde de corazón (Mt 5, 3.5; 1, 29; Rm 5, 12-2 1; 10, 14.2 1; Ga 5).

Para el israelita, la Ley es el don que Yahvé ha otorgado en el Sinaí como señal de liberación. En Egipto Israel no tenía Ley pues aún no era un pueblo, sino un esclavo. En el Horeb el Señor le constituye en Pueblo y le da la Torah que libera.

La revelación bíblica nos muestra que la persona es un ser dependiente por ser una criatura. Así deviene un "tú" de Dios. Crece en dignidad en proporción a la excelencia de la realidad a la que sirve. Quien sirve a Mammón (potencia demoníaca simbolizada en la riqueza injusta) es esclavo de lo que está destinado a la muerte. Quien sirve a Yahvé, reina. Así se suprime radicalmente todo orgullo y se sitúa a la persona en su condición abierta a Dios y al mundo. Se trata de una antropología de la escucha, más allá de toda actitud autista.

Libertad - obediencia - maternidad

María de Nazaret es la primera en este itinerario de los obedientes a Yahvé. Como nueva Eva, es el paradigma de la mujer nueva y de la humanidad obediente en la fe en una continua meditación y conjunción de su voluntad con la del Señor. Su amor llega hasta la cruz donde se convierte en Madre de Misericordia, engendrando con el Hijo la nueva humanidad. Los creyentes ven en ella el "modelo de aquel amor materno del que deben estar animados los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan a la regeneración de los hombres (*Lumen Gentium*, 65). La obediencia de la fe se actualiza en el "heme aquí" de Jesús y de María.

Afirma Juliana de Norwich: "La Virgen es nuestra madre (...); y nuestro Salvador es nuestra verdadera madre, en quien somos continuamente engendrados (...). Se convierte en nuestro esposo y nosotros, en su querida esposa (...). Jesús es nuestra verdadera Madre por naturaleza, en nuestra primera creación, y en (a gracia, por haber asumido nuestra naturaleza creada (...). Queriendo llegar a ser nuestra madre en todo, puso el fundamento de nuestra acción en el seno de la Virgen (...). Nuestra queridísima Madre Jesús puede alimentarnos con Él mismo y lo hace mediante el santo sacramento (...). Nuestra tierna madre Jesús nos conduce a su bendito seno a través de las heridas de su costado y nos muestra en parte la divinidad y las alegrías del cielo, junto con la certeza interior de la felicidad eterna". (*I Mistici e la Mística. Antología della mística cristiana*, a cura di L. Borriello. Città del Vaticano 1995, Págs. 433-441.)

LA PROFECÍA DE LA LIBERTAD LIBERADA

Una tríada en el radicalismo evangélico

El voto de obediencia asume formas múltiples, pues no consiste en la ejecución de unos mandatos, sino en dejarse implicar por la misericordia de Dios, por la maternidad y paternidad del Señor y por la de su Madre (y también nuestra). Es más, asume formas infinitas pues Dios es infinito y nadie puede agotar su misterio de amor. De ahí los variados caminos vocacionales y la práctica de los consejos evangélicos, según la secuencia jerarquizada de pobreza, castidad y obediencia.

Quizá la mujer habría colocado la castidad en el vértice. Las mujeres creyentes han expresado su libertad disponiendo de su propio cuerpo y de sus propios recursos económicos, superando así su condición de súbditas del poder masculino. Muchas fundadoras, al percibir la llamada al seguimiento, han hecho voto de castidad. Sin embargo, cada consejo podría convertirse en un polo unificante de los valores evangélicos.

Un mayor conocimiento de las religiones no cristianas muestra que también en ellas se da la práctica de las rupturas indicadas. Y hay también quien la practica por motivos filantrópicos, políticos y profesionales.

El mensaje evangélico visibiliza la realidad más profunda de la experiencia humana, interpelando a los creyentes para que profundicen el sentido de este mensaje y de su propia experiencia.

El potencial explosivo de la vocación

El misterio de la obediencia de Jesús es acogido por los creyentes y prolongado en el tiempo según la vocación de cada uno. Estudiando la vida de algunas fundadoras he podido ver cómo éstas, a menudo angustiadas por inseguridades, han madurado en la obediencia al Señor y adquirido una conciencia de su propia identidad y misión, llegando a ser lo suficientemente autónomas como para resistir las presiones familiares y el poder seductor de las proposiciones de matrimonio.

La vocación es la condición radical de vivir libremente. Ciertamente que el ingreso en un monasterio no hace adquirir mágicamente la libertad. Pero la vida entendida como vocación, y no como consumo, favorece la existencia intencional y la opción orientada al fin. Es liberadora porque hace salir de la obiedad y el automatismo, llevando a la responsabilidad. Esto implica un potencial de autonomía, que contrasta con la arbitrariedad y el individualismo, y unifica las energías humanas en torno a una tarea, situando en el centro al *ethos del amor*.

La llamada a vivir los consejos evangélicos implica, a nivel antropológico, una tenaz conciencia vocacional. Hace madurar en la autonomía, el protagonismo y la responsabilidad. Libera a la libertad de las estrecheces del egocentrismo. El Espíritu guía este proceso empujando siempre más allá, hacia el *novum* evangélico.

El poder seductor de los estereotipos

Desde fines del s. XVII y durante el s. XVIII, encontramos fundadoras de instituciones religiosas con finalidades culturales y caritativo-asistenciales. Inauguran un nuevo estilo de vida que va más allá de las reglas estereotipadas del decoro que caracteriza a la mujer virtuosa, custodiada y sujeta al hombre. Están al servicio de los demás, sin preocuparse de la separación de sexos que estructura a la sociedad. Expresan la fe en múltiples obras en favor de los pobres. De aquí que se favorezca la profesionalidad de las hermanas para que puedan llevar a cabo los servicios típicos del instituto (enseñanza, cuidado de los enfermos). Algunas ingresan en la universidad cuando las mujeres todavía son excluidas de ella.

Las fundadoras crean estructuras que favorecen la autonomía y la responsabilidad entablando una relación positiva con las oportunidades y exigencias de la modernidad. A veces chocan con prejuicios misóginos, como demuestra la reacción de algunos eclesiásticos a la petición de tener una superiora y economía general.

Dicha reacción se explica por la necesidad de defender la autoridad del Ordinario del lugar, la duda sobre la capacidad de gobierno de la mujer, los viajes que ésta debe emprender, incompatibles con la reserva y el decoro religiosos.

Después de titubear, la Congregación de Religiosos da su consentimiento a la petición, dando más importancia a la experiencia que a los prejuicios. Sin embargo, intenta delimitar tal autoridad y controlar su ejercicio. Es una autoridad simplemente "doméstica" y no paragonable a la de los superiores generales que, siendo prelados, pueden tener jurisdicción espiritual. Se insiste en los límites de la "naturaleza femenina". De ahí la tutela de un cardenal protector, un superior eclesiástico y un director espiritual con poderes amplios y efectivos.

Las dificultades nacen de estereotipos y dan lugar a iniciativas masculinas con finalidad de proteger y controlar a las mujeres, subordinándolas a la autoridad masculina.

Los prejuicios son todavía más fuertes cuando se pasa de la superiora general a las hermanas y a la comunidad. Se reducen los espacios de autonomía, se encuadran a los institutos en el esquema monástico, donde la unidad de lugar de trabajo, oración y habitación elimina la necesidad de salir del convento. La primera mitad de nuestro siglo supuso, además, una acentuación de la disciplina.

En resumen, se teme la libertad de las mujeres y se tiende a remover la relación paritaria entre superiores y hermanas, propia de los orígenes de los modernos institutos femeninos. Se desplaza la atención de la voluntad de Dios y de la caridad a las observancias. Estos estereotipos se enraízan también en la mentalidad de las mujeres que identifican ciertas normas con la fidelidad. Sin embargo, muchas religiosas, aun aceptando estas normas, no aprisionaron el ardor de la caridad y supieron adaptarse con flexibilidad. Tenemos un riquísimo patrimonio de experiencias del que aprovecharnos con ánimo agradecido y no sólo crítico.

La nueva comprensión de la obediencia en el Concilio y el postconcilio

El Vaticano II y el magisterio postconciliar urgen la renovación de la vida religiosa femenina mediante una vuelta a las fuentes de la espiritualidad cristiana y del carisma originario. Dialogan constructivamente con el mundo contemporáneo y los valores de la modernidad, como la igualdad (también la igualdad bautismal), la libertad, la participación.

Subrayan el carácter evangélico del voto de obediencia. Así, en la *Lumen gentium* se advierte que el voto de obediencia conforma "con más plenitud a Cristo obediente" (42; 44s). Explicita su dimensión cristológica, eclesial y antropológica (43; 46). *Perfectae caritatis* (PC 14) retoma estos contenidos. Citemos también el mensaje cristológico, humanista y profético de *Evangelica Testificatio* (ET 23-28) de Pablo VI, y de *Redemptionis Donum* (RD) de Juan Pablo II, el cual, en el n° 13, recuerda que la obediencia, implicando a quien obedece y a quien manda, favorece la disponibilidad total al Espíritu, a ejemplo de María.

Instrumentum Laboris (IL) del sínodo de 1994 retoma los planteamientos de PC, ET y RD. Así IL 24 habla de la autoridad como de "un servicio de animación comunitaria, espiritual y apostólica que permite una mayor proximidad entre superiores y súbditos". Considera positivo el paso de una obediencia pasiva a una obediencia dialogada. Subraya que se profundizan el fundamento cristológico de la obediencia, su dimensión personal y comunitaria, en una perspectiva de disponibilidad y comunión al servicio del Reino (véase n° 54). Por su parte, la carta postsinodal *Vita consecrata* afirma: "la actitud del Hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino de progresiva conquista de la verdadera libertad" (91).

Como se ve, se insiste en el sentido evangélico de la obediencia, en la relación de ésta con la voluntad de Dios que interpela a todos en una búsqueda personal y comunitaria, con espíritu de fe y conciencia de la propia creaturidad y de los posibles errores. El diálogo, la subsidiariedad, la participación, el respeto a la persona y la solicitud evangélica en el ejercicio de la autoridad vuelven más transparente el carácter evangélico del acto de mandar y de la obediencia. Se hace mención de los riesgos de la arbitrariedad, del autoritarismo y de la prevaricación. Surge una relación entre organización -poder- autoridad y sujeto - libertad que puede tener un papel constructivo y hacer caer en la cuenta de que un carisma no organizado no tiene eficacia. El magisterio apunta a un *yo ideal* al que debe tender el *yo real*.

PARA UNA ECOLOGÍA DE LA LIBERTAD

El feminismo moderno ha puesto en crisis los prejuicios sobre la minoría de edad y la debilidad de las mujeres y ha puesto en evidencia la emancipación, la igualdad y el empeño de las mujeres en la construcción de la historia. Ha puesto de relieve deformaciones de personalidad generadas por sistemas totalitarios y sociedades consumistas que reproducen personas "obedientes", sin valorar el contenido ético de los mandatos.

El voto de obediencia puede convertirse en una operación ecológica, superando antropologías egológicas y colectivistas, dando testimonio de que la referencia a la voluntad de Dios y al amor libera la libertad y la persona, haciéndola pasar del autismo a la oblatividad.

Este proceso histórico tiene sus ambigüedades. En la vida religiosa femenina, estereotipos misóginos y actividades autoritarias se han asociado a la sumisión y a la pasividad o al espíritu de rivalidad.

Las transformaciones socioculturales ponen en crisis al individuo y a los institutos en lo que se refiere al modo de gestionar el poder. La eclesiología de comunión, la igualdad bautismal y el camino inaugurado por el Concilio invitan a una nueva comprensión del voto de obediencia.

Todavía hoy, y quizá más, el ingreso en una institución religiosa para responder a la llamada del Señor es una opción "contestataria" en el mundo femenino y un potencial de libertad. Pero, ¿cómo hacer que esto sea elocuente y visible?

La libertad como proceso

Una primera observación sobre el pensar y el actuar. Allí donde se amortigua la pasión vocacional, decae la cualificación evangélica de la obediencia, que se reduce a observancias y prácticas, cosificando la voluntad de Dios, que se identifica con preceptos humanos. Allí donde se alimenta el ardor de la caridad se crece en la obediencia de la fe, que libera y dispone la persona a entrar con el propio deseo en el deseo de Dios. La medida no es una norma exterior, ciertamente útil para la convivencia humana, sino el amor de Dios y la implicación en su obra. La libertad, sin confundirse con arbitrariedad, es el sagrario en el que la criatura se encuentra con el Creador, donde Este entabla un diálogo de amistad con la criatura, haciéndola co-creadora.

Dos libertades se unen para el bien, la de Dios y la de la criatura. Su voluntad no consiste en hacer esto o aquello, sino en el amor del que se da testimonio, llevando a cabo esta o aquella actividad. El bien puede hacerse presente de muchísimas maneras, pues ni la persona se encuentra fijada en una sola dirección ni el misterio de Dios puede ser agotado por ella.

Esta aventura de la obediencia se alimenta con el Evangelio, es decir, hace que pensemos evangélicamente. A veces, se asumen las grandes ideas no como energías, sino como un discurso que hay que repetir. No se va al corazón de la realidad. De aquí las contradicciones y la ambigüedad de la obediencia.

Obediencia - libertad: espacio explosivo de recursos

Las religiosas advierten hoy la necesidad de liberar la libertad, re-expresando los valores evangélicos y el carisma, acogiendo las instancias avanzadas de la modernidad y cuestionando la fácil identificación de la voluntad de Dios con las órdenes de las superiores. La referencia a Jesús es el criterio fundamental de esta operación. Él cumplió la voluntad del Padre dando testimonio en su carne del amor divino y

convocando al banquete del amor. Estamos llamados a participar de él según la vocación de cada uno. La autoridad no está exonerada de ello.

Cada uno, en comunión, obedece al Señor desde el carisma al que es llamado. Quien tiene la autoridad anima a buscar el modo mejor de vivir según la vocación, llevando a cabo las obras típicas del instituto. Las opciones hechas en comunidad bajo su guía no son infalibles, son el resultado de una búsqueda, inspirada en los valores evangélicos y carismáticos. La autoridad es una mediación en esta búsqueda. No debe bloquear, sino alimentar el ardor de la caridad, favoreciendo el realismo evangélico que promueve la flexibilidad en la gestión y organización de los propios recursos y de los demás en el interior del proyecto vocacional en comunión. El que ejerce la autoridad guía en el discernimiento, manteniendo viva en sí y en las hermanas la pasión vocacional y la conciencia realista de los sujetos, históricamente condicionados. Situándose "en medio", y no "sobre", distribuye en diálogo las tareas a llevar a cabo. Las opciones hechas son vías practicables para dar testimonio del amor de Dios en el servicio del prójimo. No se identifican materialmente con la voluntad de Dios. Son el contexto concreto en el que ésta se lleva a cabo.

La obediencia a Dios en condescendencia solidaria

La historia de la vida religiosa femenina atestigua que muchas mujeres, para responder a la llamada del Señor, han afrontado dificultades enormes.

La obediencia a Dios exige una hermenéutica continua y no puede olvidarse el patrimonio histórico, espiritual y místico de la Iglesia y de la humanidad. Tampoco se realiza repitiendo lo ya dado, sino en comunión sincrónica y diacrónica. Esto exige la recalificación evangélica de los valores de la modernidad, especialmente la igualdad, libertad y fraternidad. Al debilitarse la conciencia de la igualdad en la dignidad humana, en la vocación bautismal y en la participación en el carisma, puede aparecer el orgullo o las relaciones asimétricas, contrarias al espíritu del Evangelio.

La conciencia de la propia responsabilidad carismática hace entrar en crisis estilos de obediencia contruidos sobre estereotipos misóginos e incluso liberales y burgueses. Los nuevos estilos necesitan la aportación de todas, conjugando carisma e institución, libertad y autoridad. Se trata de una real memoria evangélica, que el Espíritu Santo lleva a cabo en el espacio y el tiempo y que, al encarnarse, necesita reglas. Sin organización una idea no tiene eficacia. Hoy las ciencias humanas ofrecen criterios que favorecen la participación. Evangélicamente, no puede proponerse una obediencia entendida como pura ejecución de normas. La sociedad pluralista exige personas libres, capaces de discernir y escoger en coherencia con la vocación.

Hoy la autoridad moral se conquista con una vida evangélica y con competencia profesional. La conciencia de los límites hacen necesarios la participación, el diálogo, la búsqueda en común. El feminismo hace necesaria también la obediencia como descubrimiento de la propia pequeñez y de formar parte de un proyecto cósmico.

El principio y criterio fundamental de la obediencia es la voluntad de Dios, revelada y actualizada en Jesús. O sea, el *ethos del amor*. Cada uno concreta este amor en su vocación. La voluntad divina no se identifica con este o aquel servicio, sino en hacerlos

como Jesús. Esto es posible porque Él, el Hijo, desde el Padre, ha derramado en nuestros corazones el Espíritu filial que clama "Abbá".

Tradujo y condensó: JOSEP JIMÉNEZ